

Vitalismo, esteticismo e irracionalismo en la concepción anarco- revolucionaria de Rodolfo González Pacheco.

D'Auria, Aníbal Ibarra, Eliana.

Cita:

D'Auria, Aníbal Ibarra, Eliana (2017). *Vitalismo, esteticismo e irracionalismo en la concepción anarco-revolucionaria de Rodolfo González Pacheco*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/521>

Mesa 96: **Proyectos culturales y Anarquismo en Argentina, 1890-1943**

Título: **Vitalismo, esteticismo e irracionalismo en la concepción anarco-revolucionaria de Rodolfo González Pacheco.**

Autores: **Aníbal D’Auria (Universidad de Buenos Aires)**
Elina Ibarra (Universidad de Buenos Aires - UAI)

PARA PUBLICAR EN ACTAS.

1. Introducción

Nos proponemos mostrar algunos rasgos específicos del anarquismo de Rodolfo González Pacheco (Tandil, 1883 – Buenos Aires, 1949). No nos detendremos entonces en el análisis de sus obras teatrales sino que nos centraremos en sus escritos de propaganda y difusión del ideario anarquista y revolucionario.

Estos escritos consisten mayoritariamente en lo que se denominó “carteles”, especie de proclamas que sintetizan una idea en poco más de veinte líneas. Con un estilo de escritura simple, encendida y convocante a la acción, estos *carteles* aparecieron con singular frecuencia en los numerosos periódicos anarquistas y revolucionarios de las primeras décadas del siglo XX: *La Protesta*, *La Obra*, *La Antorcha*, etc.¹ Así los concebía González Pacheco en *La Antorcha*, en su número del 11 de febrero de 1921:

“Porque un cartel no se hace ni con ingenio ni con ciencia; ni con gritos, ni con música. No se pinta ni se escribe. Es lo vivo, lo palpitante, lo cálido. ¡Se pare! Debe hablar de dolor, cuando habla, no con la boca, sino con las heridas; y no ha de pedir justicia, cuando la sueña, sino que debe salir a hacerla, ¡a cumplirla!”

¹ González Pacheco escribió sucesivamente en los siguientes periódicos: *Futuro* (1897), *Germinal* (1906), *La Protesta* (1907-1908 y fugazmente años después), *La Mentira. Órgano de la Patria, la Religión y el Estado* (1908), *La Campana Nueva* (1909), *La Batalla, Diario anarquista de la tarde* (1910), *Alberdi* (1910), *Libre Palabra* (1911), *El Manifiesto* (1911), *La Obra* (1916.1919 y nuevamente a partir de 1936), *El Libertario* (1920), *La Antorcha* (1921-1932). También colaboró con publicaciones españolas como *Tierra y Libertad* (a partir de 1910), *Nosotros* (1937), *El comunista* (1919-1920), *Solidaridad Obrera* (1920), *Umbral* (1937.1939). Cf. Horacio TARCUS, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Emecé, Buenos Aires 2007. De esta fundamental obra de Tarcus tomamos todos los datos biográficos que consignamos en algunas notas al pie.

Y en *Cartelerías*, dice:

“nosotros, convencidos de tener un público que, por apuro o cansancio o poca luz, no podía deletrear sino lo grande, lo primordial, lo prístino, le dábamos, de lo nuestro, lo primero y lo último, lo que es más virtual que el arte y más fuerte que la filosofía: esencias, resinas, síntesis. Sí; para ese lector que tufa mugre, resopla angustia o masca encono, bajábamos a las napas de la vida y surgíamos luego con pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua. Nuestros carteles eran para ése sólo”.

En fin, esos carteles que González Pacheco *parió* se encuentran compilados, junto a otros pocos escritos y conferencias, en dos tomos que llevan precisamente por título *Carteles* (Ediciones La Obra, Buenos Aires, 1956).² El primer tomo comprende carteles “Del entrevero”, carteles “De Ushuaia” (que pintan su experiencia en el tristemente famoso presidio de aquella ciudad)³ y una breve “Miscelánea”. El segundo tomo comprende carteles “De los caminos” (que pintan impresiones de sus viajes de proselitismo por la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay), carteles “De España” (que pintan su vivida experiencia durante la revolución española⁴), carteles de “Los míos” (semblanzas de anarquistas que le son queridos o modelos ejemplares), carteles “Del arte y los artistas”, carteles “De la querencia” (donde pinta aspectos humanos de su Tandil natal), y cinco conferencias tituladas: “Santa Cruz”, “Anarquismo”, “Ernesto Herrera”, “Teatro” y “Sentido de la cultura”.

Esos dos tomos de *Carteles*, compilados y publicados por La Obra en 1956, constituyen la única fuente primaria del presente trabajo. Espero que se nos sepa disculpar la gran cantidad de citas literales, pero las hemos creído necesarias para transmitir al lector una idea fiel del estilo de escritura de González Pacheco. Creemos que en la apreciación

² El primer tomo de *Carteles* fue publicado en 1919; en 1923 publica los carteles *Del camino*; en 1928, los *De ayer y de hoy*; en 1936, *Carteles (segunda serie)*, y en 1940, los *De España*.

³ González Pacheco fue confinado a la cárcel de Ushuaia, junto con Teodoro Antilli, en 1910, tras la clausura del periódico *La Batalla*, que ambos co-dirigían. En el marco de represión generalizada al anarquismo previa a la celebración del primer Centenario, fueron muchos los anarquistas recludos en el sur del país.

⁴ González Pacheco partió para España al principiar la guerra civil en aquel país, o sea, en 1936, para apoyar a los revolucionarios anarquistas que intentaban llevar adelante la revolución social. Allá dirigió la Compañía del Teatro del Pueblo de Barcelona y la revista *Teatro Social*. Permaneció en España nueve meses.

correcta de ese estilo se juega la verosimilitud de lo que afirmemos en este ensayo sobre la concepción del anarquismo que profesaba González Pacheco.

En los carteles de González Pacheco podemos encontrar, más o menos, todos los tópicos generales del anarquismo: el odio al Estado y a su violencia cómplice de la explotación, el odio a las prisiones y al burgués, el anti-militarismo, el anti-clericalismo, la solidaridad con todos los oprimidos, etc. Y no puede decirse que González Pacheco sea un pensador “original” en esos temas; ni siquiera acaso un “pensador” en el sentido filosófico del término. No hay, creemos, un aporte teórico de su parte a ninguno de esos temas. Pero sabemos que a Pacheco tampoco le hubiera gustado ser tenido por un pensador en ese sentido. Según él, “lo que sobran son palabras, y lo que faltan son hechos”:

“yo no soy un escritor. No sé si no puedo; sé que no quiero... Intelectual de oficio... ¡Ah no! (*Higos pintados*).

“¿Sabio?... ¿escéptico?... No queridos, muchas gracias. Lo dejo para después, cuando haya doblado el cabo. La mueca póstuma” (*La mueca póstuma*)

2. Anarquismo del carácter

En la teoría y la ciencia política se suele diferenciar tres tipos especializados de personalidad política: 1. El tipo administrador, 2. El tipo agitador, y 3. El tipo teórico; y también se ha admitido sin problemas que esos tipos especializados pueden combinarse en tipo múltiples, de manera que alguien puede quedar incluido en dos o incluso los tres tipos al mismo tiempo⁵.

En primer lugar, el anarquismo de González Pacheco postula una fuerte identidad entre las palabras y las conductas. Es más, el anarquista debe hablar más por su acción que por su lengua. El anarquista verdadero ha de encarnar él mismo la Idea que profesa; y debe encarnarla viviéndola como un agitador permanente:

“A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos -¡para todos!- no debe

⁵ Ver. Harold Lasswell, *Psicopatología y política*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1963, pp 63-64. Ver, Héctor Zoccoli, *La anarquía. Los agitadores*, Editorial Imprenta de Henrich y Compañía, Barcelona 1908.

develarlos sino un solo pensamiento, una única idea: ¡llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...” (*Paciencia y meta*)

“Lo más difícil de la obra anarquista no es la de crítica a la sociedad presente ni la de la exposición de una futura: es reencarnar en el hombre la confianza en sí mismo. [...]

De hecho, la relación íntima entre el hombre y sus obras, entre su vida personal y sus producciones, sean éstas artísticas o revolucionarias, parece ser una obsesión, tanto de su vida como de su producción escrita. Así se desprende de varios de sus carteles, como en *Pájaros muertos*, *Macana Vasca*, *Una desvergüenza de Máximo Gorki*, *Las botas y el clavo* o en su conferencia sobre Ernesto Herrera. Este es en realidad el rasgo que creemos más saliente de los escritos de González Pacheco: más que de tratar sobre el anarquismo, lo que le interesa son los anarquistas, es decir, los militantes: cómo son, cómo deben ser. O dicho de otro modo: le interesa el anarquismo sólo como cualidad de ciertos hombres, donde los aspectos doctrinarios éticos y políticos están, si no relegados a segundo plano, sí reducidos y simplificados.

Como prueba de que lo que interesa a González Pacheco es más el carácter anarquista que otra cosa, se puede repasar la semblanza que hace de sus referentes en la colección de carteles titulada *Los míos*. En general es su carácter lo que resalta; incluso cuando se trate de grandes pensadores, como Bakunin o Malatesta, nunca es su pensamiento o sus argumentaciones lo que subraya.

Anselmo Lorenzo es un “acero muy fino”. A Bakunin, “ni la piedra ni el bronce” podrían contener su imagen esculpida. Radowitzky, es el “amador fiel de la revolución”, “niño héroe” y “primer novio de la Anarquía” en la Argentina. Wilckens, es “hierro labrado a lima”, pura “ternura y fuerza”. Malatesta es “fuerte como el fierro de las armas” y “gastó su vida hasta el cabo, como un hacha”. Faure posee una lengua que es “como un badajo de bronce, de plata y de oro”. Tolstoy es “el viejo” que “tiene un corazón infantil”. Barrett es “la otra mano de la Anarquía”, la “mano piadosa y fraterna”. Emma Goldman es una dama de “empaque entre cordial y severo; un juego de luz y sombra, sonrisa y gruño” que expresa “una bravura mansa” propia de todos los viejos anarquistas. Bueno, no es preciso ahondar más: cosas parecidas dice de Florencio Sánchez, de Raúl Carballeira y de Alberto Ghirardo. Siempre el carácter de la personalidad en primer plano. Sólo de Kropotkin parece rescatar su perfil específico de

pensador, pero sin ahondar demasiado en sus ideas. Es más, en su conferencia sobre “El anarquismo”, González Pacheco incluso devalúa la intención de Kropotkin de presentar un sistema de moral en su *Ética* inconclusa; según él, en todo caso, eso se habría debido a una tendencia propia de todo personaje de su talla en sus últimos días, pero lo importante del anarquista ruso no es el sistema moral al cual llegó sino la rebeldía de la cual partió.

Entonces, una vez más, no es tanto la *idea* anarquista ni las *estrategias* del anarquismo como movimiento organizado lo que mueve la pluma de Pacheco; son los anarquistas, o sea, su personalidad o carácter rebelde, militante y revolucionario. Su propia aspiración personal es ser un “mensaje vivo” (*Pacheco viejo*) La encarnación de la Anarquía

Y en verdad, no puede decirse que González Pacheco no haya cumplido en su vida con su propia consigna de ser él mismo un “mensaje vivo”. Su prisión en Ushuaia y su participación en la revolución española son pruebas suficientes. Lo que no significa que, al menos por momentos, expresara insatisfacción y culpa consigo mismo por escribir y no actuar más y más radicalmente. Así se trasluce en *Las herramientas*; también en *Los huerfanitos*, cuando escribe:

“¡Hijitas mías queridas perdonadme! Sí, sí. Perdonadme, porque en vez de salir para la calle y ahorcar al primer burgués que topara al paso... escribo, mancho papeles, creo que estoy llorando también...”

Pero en todo caso, González Pacheco *también* escribe y seguirá escribiendo a lo largo de los años; y como dijimos, las peculiaridades de sus concepciones no deben buscarse en el fondo de sus ideas libertarias. No se encontrarán ahí nuevos aportes al pensamiento anarquista, ni nuevos argumentos. Es en la forma, estilo y énfasis de su escritura que hay que buscar la peculiaridad como anarquista de nuestro autor. Y veremos que ese estrecho vínculo que establece entre personalidad y revolución puede dar lugar a ciertas tensiones subterráneas entre sus ideales y su persona: su postura es que la personalidad del anarquista no debe anteponer nada a la revolución, pero el lector puede preguntarse si no es exactamente al revés lo que hace: ¿no estará poniendo González Pacheco la revolución al servicio del desarrollo pleno de su propia e individual personalidad, bella y romántica?

Tal vez baste con transcribir ahora la primera oración de su obra compilada en 1956. Esta frase corresponde al cartel titulado *Destino*:

“Tallado en la vida he traído yo el anarquismo. Como el rosal su rosa o la espina el cardo”

En fin, como rasgo fundamental de sus carteles, advertimos que lo que Pacheco trata no es tanto el pensamiento anarquista como la personalidad anarquista. A este rasgo determinante de sus escritos le llamaremos “anarquismo del carácter”, carácter anarquista que a su vez podríamos descomponer analíticamente en diversos rasgos interrelacionados en la prosa de nuestro autor: romanticismo, idiosincrasia, esteticismo, vitalismo, anti-intelectualismo, idealismo, juvenilismo, criollismo.

3. Anarquismo romántico

Parece claro que a todo este protagonismo de la personalidad subyace la vieja idea romántica del *grande hombre*, del *genio* y del *héroe* que encarnan en sí mismos fuerzas morales, ideales e incluso pueblos o clases sufrientes.⁶ De hecho, las palabras “genio”, “héroe”, “mártir”, y otras propias del vocabulario romántico clásico, abundan en los carteles de G. Pacheco:

“A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos -¡para todos!- no debe develarlos sino un solo pensamiento, una única idea: ¡llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...” (*Potencia y meta*)

“El mundo en flor es un sueño, todavía; esto es cierto. Pero hay una realidad que nadie puede negar: son los hombres florecidos de esperanzas, ideales, visiones grandes. Genios, rebeldes, artistas. (*El mundo en flor*)

En el cartel *El héroe* se ve claramente este culto romántico por la personalidad heroica. Allí se narra brevemente una historia vivida por el propio G. Pacheco durante la revolución española. Fue durante un prolongado, intermitente y aburrido tiroteo entre

⁶ Ver las conferencias pronunciadas por Thomas Carlyle en 1840, reunidas después como *Tratado de los héroes. De su culto y de lo heroico en la historia*. La edición en español que tenemos en nuestras manos es de Editorial Obras Maestras, Barcelona 1946.

revolucionarios y nacionales en Barcelona, que parecía más un “intercambio de ideas” que un enfrentamiento armado. No era esa, según el autor, una auténtica pelea revolucionaria. “Para serlo, le faltaba eso: el inútil heroísmo, que puede ser un suicidio, pero sin cuya grandeza, matar, o que nos maten, es siempre un crimen”, pues “[e]n esa fuga hacia la locura está la salvación de nuestra alma” y “[e]n ese desequilibrio, nuestro equilibrio”.

En esta clave romántica, entonces, resulta natural que González Pacheco simbolice la Anarquía a través de dos personalidades de genio que la expresarían sintéticamente. Ellas son Mijail Bakunin, por un lado, y Rafael Barrett, por el otro, porque en la visión de nuestro autor la Anarquía tiene dos caras, o mejor dicho, dos manos:

“Y los dos son anarquistas. Los contrapongo porque, para mí, son ejemplares. Pienso en lo que nos dijeron con más fervor o más fuerza –Bakunin: ‘Destruir es crear’; Barrett: ‘La vida es ternura’-, y veo en ellos las dos manos de la anarquía: la que voltea martillazos, ceñida y crispada siempre, y la que siempre está abierta; hasta cuando se le crispa; como para que la claven” (*Rafael Barrett. Prólogo a sus “Obras Completas”*)

Es decir, para G. Pacheco la Anarquía –mejor sería decir: el anarquismo- tiene dos aspectos representados como manos: una es garra y la otra es caricia, “blanca, piadosa, fraterna” (*Rafael Barrett*). Bakunin, el que “tumba osos”, hace “marchar pueblos” y logra que “los reyes se arrodillen”, encarna aquella “garra de la anarquía” (*Bakunin*). Barrett, por su parte, “el señor siempre”, “hermano” que siempre tiene su mano abierta “como para que se la claven” (*Rafael Barrett*) representa la mano tierna.

Como se ve claramente, sería un error ver en esto dos modelos diferentes de anarquismo. Más bien son dos caras de una sola cosa, que no sólo sería el anarquismo sino el hombre y la vida mismas:

Huelga o roba, crea o destruye. Suya es la bomba asesina y la plegaria que se alza de ese derrumbe también es suya. Suyo el motín de la cárcel y suya esa biblioteca. Suya esa pareja de enamorados y suya esa prostituta ponzoñosa. Suyo el que piensa y suyo el que acciona” (*Conferencia sobre el Anarquismo*)

4. Anarquismo idiosincrásico

Retengamos este sutil tránsito que G. Pacheco hace del romanticismo al vitalismo porque volveremos sobre ese aspecto de su anarquismo. Pero por ahora digamos algo más sobre su romanticismo, un romanticismo que de algún modo, sorprendentemente, podría asociar su escritura a la de la generación del '37 del siglo anterior argentino.

Coriolano Alberini ha acuñado una famosa fórmula para caracterizar al pensamiento de la generación argentina del 37: romanticismo de medios cruzado con iluminismo de fines. Esta fórmula, ya consagrada, simplemente quiere significar que los románticos rioplatenses, abocados a la acción política del momento, buscaron una síntesis práctica entre los ideales universalistas de la Ilustración (que identificaban con la fracasada generación unitaria anterior) y la realidad e idiosincrasia particular del país (que identificaban con el suelo y los caudillos federales triunfantes consolidados en el poder).⁷

Esteban Echeverría lo hizo con la metáfora de la mirada estrábica del ojo en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad.⁸ Sarmiento hizo lo propio con el título de su más famoso libro: *Civilización y barbarie* (1845), que pretendía resumir en dos palabras el carácter dual de las guerras civiles argentinas, dualidad que sólo podría resolverse hallando una síntesis entre lo europeo y lo americano.⁹ Y Alberdi todavía se mantiene fiel a ese eclecticismo cuando en 1852 busca una constitución liberal pero acorde a la idiosincrasia argentina.¹⁰

En sus *Carteles*, González Pacheco menciona ocasionalmente a algunos de estos románticos de cien años antes. Y aunque sea capaz de tirarle un pequeño halago a la

⁷ Ver J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1979, p130 y ss. También puede consultarse con provecho el libro de Félix Weinberg, *El salón literario de 1837*, Librería Hachette, Buenos Aires 1977.

⁸ La famosa frase de Echeverría corresponde al *Dogma Socialista* (1837), palabra simbólica XII: "El mundo de nuestra intelectual será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones, y el otro en las entrañas de nuestra sociedad", y vuelve a repetirla en 1848 en su escrito sobre la reciente Revolución de Febrero en Francia. Ver Esteban Echeverría, *Obras Completas*, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires 1972, pp. 161 y 298, respectivamente.

⁹ Tomemos al azar, como ejemplo, esta cita de *Civilización y barbarie* (1845): "Existían antes dos sociedades diversas: las *ciudades* y las *campañas*; echándose las *campañas* sobre las *ciudades*, se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizado con la causa de las ciudades". D. F. Sarmiento, *Facundo*, Losada, Buenos Aires 1974, '231. Recordemos que el título original del libro es *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, pero que luego se popularizó bajo el nombre de *Facundo*, con el cual se lo reeditó innumerables veces.

¹⁰ "La originalidad constitucional es la única a la que se puede aspirar sin inmodestia ni pretensión". J. B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), Editorial Plus Ultra, Buenos Aires 1980, p35.

personalidad de Sarmiento al considerarlo “gaucho”, es natural que, como anarquista que es, no se identifique expresamente con esa generación que fue la semilla del Estado nacional, aunque también se distancie de la tiranía rosista y de los estancieros federales (*Martín Fierro*). En su conferencia sobre *El sentido de la cultura*, G. Pacheco dice:

“Cultura, cultura... ¿cuál?... Aquélla, europeizante, imbuida de Enciclopedia, que Rivadavia y Alberdi, Sarmiento y Mitre injertaron en la cepa criolla, o la que hoy, por prurito fanfarrón y novelero, garabatean los hijos de los patrones de estancia?... ¿Cuál?... ¿La científica, al servicio de la industria, o la industrial, al servicio del Estado?... ¿Cuál?... ¿La que Marx ubica en la ‘superestructura’ de toda vida social, o la que Spengler rastrea en las razas blancas, y sólo en éstas?... ¿Cuál?...”

Después de leer estas palabras del propio autor, parecería un dislate vincularlo de algún modo a los hombres del romanticismo argentino del siglo XIX. Sin embargo creemos que no lo es en absoluto. Su idea del anarquismo no es la de un ideario o un sentimiento meramente universal (que lo es), sino de lo que podríamos llamar un anarquismo idiosincrásico, o sea, con una pata (o un ojo) en el ideal internacionalista libertario, y otra pata (u otro ojo) en las entrañas de cada pueblo. Y en este sentido podemos descubrir un aire de familia con los románticos rioplatenses de 1837: así como éstos buscaron conciliar en una síntesis práctica el ideal universal que llamaban civilización con la realidad particular de su contexto idiosincrásico particular, González Pacheco busca algo parecido con su ideal universal anarquista:

“No hay razas, pero hay pueblos que, a través de la más larga existencia y la más movida historia, perduran en una suerte de cohesión de especie. Por debajo de las superestructuras que los dividen en clases, viven un solo temperamento. Y ello, no por un milagro de herencia o de ética, sino por algo más estrictamente físico. Lo telúrico, que colora nuestra piel remece nuestra voz, nos da la temperatura de las ideas y el color de las pasiones. Todo será un mismo hierro, pero en diferentes puños. Hay un ingénito español que no es lo ruso o lo chino”
(*España*)

¿No es esto una variante de la fórmula echeverriana aplicada al anarquismo? ¿No es éste un romanticismo social de medios y un anarquismo de fines? Creemos que sí, que responde a las mismas consignas generales de aquella primera generación de pensadores

autóctonos, por más diferencias políticas que tengan respecto de los fines universales que persiguen los unos o el otro¹¹.

5. Anarquismo esteticista

Aparte del culto al carácter individual y aparte del romanticismo social, hay otro rasgo del anarquismo de González Pacheco que se asocia tanto al romanticismo clásico como al modernismo anti-positivista de principios del siglo XX: su esteticismo.¹² Aclaremos que aquí nos referimos al esteticismo entendido en un sentido amplio, como la tendencia a hacer de todo ideal político o moral un ideal estético; en el caso de Pacheco, ese ideal será el anarquismo, obviamente. Y el esteticismo que le atribuimos puede apreciarse en dos niveles: en lo que dice y en cómo dice lo que dice.

El primer nivel (lo que dice, no sólo del genio, del mártir o del héroe, sino de la belleza moral en general) es tema familiar tanto al romanticismo historicista como al modernismo literario:

“Un hombre es una faceta de la montaña. Una línea de la estatua de la vida; una letra del poema de los siglos. Debemos tratarlo, entonces, con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia”

“El Arte es el pan del alma, el sueño sin el cual no hay vida humilde que aliente. Nace del desinterés y sólo pueden gozarlo los desinteresados” (*¡Abajo el burgués!*)

Como se ve, esta faceta esteticista romántica de G. Pacheco poco tiene que ver con el esteticismo modernista de fines del siglo XIX y principios del XX que postulaba un arte por sí mismo, puro y valioso en sus propias formas. No. Este esteticismo no postula tal cosa sino todo lo contrario: la identificación de la belleza artística con la belleza del ideal libertario y de la vida consagrada a ese ideal: “Seguramente, más arte ha escrito

¹¹ Conviene aclarar que esta suerte de “anarquismo criollo” de González Pacheco nada tiene que ver con lo que en Argentina se llamó, a partir más o menos de 1955 o 1956, izquierda nacional, que no fue más que un nacionalismo de izquierda, cuando no mero populismo nacionalista derivado del peronismo, que Pacheco combatió. Sobre el régimen peronista y sus opositores, González Pacheco escribió: “Bien está ésta [la resistencia] en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre los políticos. No es pegarles en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, al nazismo peronista sólo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de nacas; de ancas de bueyes” (*La oposición*).

¹² Oscar Terán, *Historia de la ideas en Argentina*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires 2008, pp159.

D'Annunzio que Malatesta; pero quien sepa mirar y mirar bien, con mirada derecha y varonil, verá que nuestro viejo es más bello que todo mármol y todo poema” (*Alas*).

En cuanto al segundo nivel del esteticismo de G. Pacheco (o sea, el modo en que dice lo que dice), sí podemos reconocer que está más cerca del esteticismo modernista propio de su tiempo. Aún a riesgo de ser demasiado simplificadores, podríamos resumirlo diciendo que consiste en la creencia casi exclusiva de la fuerza persuasiva de los efectos retóricos bellos, de las figuras poéticas como la alegoría, la analogía, la metáfora, la hipérbole, la sinécdoque, la metonimia y de toda imagen poética en general, en remplazo de argumentos racionales o datos concretos verificables.

Este estilo esteticista, que era un clima compartido por muchos escritores de principios del siglo XX argentino, lo asemeja en alguna medida a su odiado y opuesto rival político, el nacionalista Leopoldo Lugones.

En efecto, en *El payador*, de 1912, Lugones, con un estilo totalmente esteticista, no propiamente argumentativo, sienta la tesis de que el *Martín Fierro* (1871), del estanciero José Hernández, no sólo es el libro fundacional de la nacionalidad, sino también que el gaucho es el arquetipo argentino, y que la figura de Martín Fierro lo expresa, a la par con el general Mitre¹³. Lo más sorprendente de esta tesis no es la asimilación de Mitre con el gaucho; más sorprendente es quizá que González Pacheco tome la primera parte de esa idea y la radicalice como símbolo de la causa anarquista. Así escribe en uno de sus carteles:

“Y él triunfó [Sarmiento y su llamada “civilización”]. Pero conviene advertir que habría ocurrido tal cual si hubiese triunfado Rosas. Para el caso, y apartando las palabras democracia y feudalismo, el programa y la consigna de los dos eran sólo uno: acorralar al gauchaje, cortarle el paso y las alas: alambrar, alambrar, alambrar. [...] José Hernández, legislador y hacendado, jugó en esa historia cruel el mismo papel que, en su libro, el sargento Cruz. Con ‘la lata en la cintura’, se echó al medio a defender a un matrero. Fue el criollo que ‘no consiente que se cometa el delito de matar así a un valiente’. Y ese gesto le valió vivir también matreando” (*Martín Fierro*).

¹³ Leopoldo Lugones, *El payador*, Huemul, Buenos Aires 1972

Es raro que Pacheco, siendo anarquista, vea en el “hacendado y legislador” Hernández la encarnación del sargento Cruz antes que un estanciero que se lamenta, encubierto tras su famoso poema gauchesco, de la pérdida de mano de obra barata por el reclutamiento forzoso de los gauchos para enviarlos a la frontera. En todo caso, el ejemplo muestra la sugestión persuasiva que este tipo de esteticismo retórico tenía en la época.

6. Anarquismo vitalista

Bueno, ahora volvamos al tema que habíamos dejado pendiente: el del vitalismo en la obra de González Pacheco.¹⁴ Por vitalismo entendemos tanto toda forma de pensamiento que afirma la imposibilidad de conceptualizar teóricamente la vida (de la que sólo podría hablarse a través de metáforas como “corriente”, “fuente”, “desborde”, “cauce”, etc.), como toda actitud existencial apoyada en esa premisa y que afirma el poder creador de la voluntad, de la vida y de la libertad. En los carteles de G. Pacheco, esa clase de metáforas son hartamente frecuentes, como puede constatarse en *El torrente*, *Corazonadas nuestras*, *El pensamiento anarquista*, *Arroyitos*, etc. Pero, como ejemplo, bastarán seguramente aquí las siguientes líneas tomadas de *Círculos o espirales*:

“Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista”.

Es sabido que el vitalismo, constituyó una reacción contra el positivismo, el utilitarismo y el materialismo filosóficos que le precedieron (que en Argentina estaban asociados a la polémica generación del ‘80). En el campo filosófico, el vitalismo se nutrió principalmente de la obra de dos pensadores muy influyentes a principios del siglo XX: Henry Bergson y Friedrich Nietzsche.

El nombre de Bergson (quien no era anarquista) no aparece en ningún lugar en los carteles ni en las conferencias de González Pacheco, y no sabemos si lo leyó o tuvo conocimiento indirecto de él. Pero al menos se nota, sí, en sus escritos, tal vez debido al clima de época influido por el filósofo francés, algunos términos muy característicos de

¹⁴ Oscar Terán, op.cit. p157.

su jerga técnica, como son las ideas de la fuerza “creadora” del instinto, de la voluntad, de la vida, de la libertad:¹⁵

“...nos han raleado las plantas, nos han deshojado el tronco de muchos retoños verdes y han hecho de los mejores, más buenos y más conscientes, montones de huesos secos. Pero el sentido de Ideal, la voluntad creadora, nuestro destino anarquista, sigue aquí, y aquí se queda como clavado en el suelo, cuando no volando al aire en nuestras ideas...” (*Los leñateros*)

Y en *Un ladronazo*, este vitalismo “creador” queda bien evidente. Según G. Pacheco, calificar o adjetivar es siempre fácil, “[I]o difícil es que esa suerte de pinzas o de membretes, con que calificamos o adjetivamos, capten o expresen realidades o raíces; algo más que costras o que apariencias... Si queréis valorar a un escritor, observad en qué apoya lo que plantea o lo que gira: cuanto más vacío y más falso, más calificaciones y más adjetivos. Se apuntala en eso para no caerse”. “El ideal –nos dice Pacheco- sería expedirse por cosas y hechos. Escribir de adentro afuera, con los jugos o la sangre de las vidas que queremos revelar, a través de nuestra sangre o nuestros jugos. En cuanto a Nietzsche, su presencia en los carteles de González Pacheco es indudable, no sólo porque aparece mencionado expresamente en varias ocasiones, sino porque algunas frases de González Pacheco no dejan margen de duda respecto de su influencia, a pesar de que sean puestas al servicio de una perspectiva revolucionaria e igualitaria que hubiera resultado ajena al pensador alemán.

Las menciones expresas a Nietzsche se encuentran en *Palabras vivas* (“Palabras vivas pedimos. Esas que fueron amadas de Sócrates y de Nietzsche”), en *Cursilerías* (“Tanto la ignorancia propia como la injusticia ajena y la incomprensión general de nuestros actos e ideas son limitaciones a nuestra personalidad. Pero la peor de todas es la cursilería. De aquéllas, como dice Nietzsche, uno siempre puede sobreponerse o resurgir; según González Pacheco, el artista siempre surge del dolor y la desventura y por eso el pueblo lo respeta, y pone a Nietzsche de ejemplo. Agrega que Igualada confunde la “personalidad” (que es destacarse por el personal esfuerzo sin oprimir y honrando a todos) con el “individualismo” (que es sentirse el centro del mundo); y concluye: “Cuanto nos nutre y nos cubre, ¿quién nos lo dio sino ella [la ‘chusma’]? Y

¹⁵ Ver la influyente obra de Henri Bergson, *La evolución creadora* (1907), Planeta-Agostini, Barcelona 1985.

ahora, todavía, nos da su sangre... ¿Qué superhombre dio más?”. Es decir, para G. Pacheco, o bien la chusma es el súper-hombre, o bien es más súper que el súper-hombre.

Más allá de estas menciones explícitas, hay en los carteles algunas frases que evocan claramente a Nietzsche, pero sin mencionar su nombre. Por ejemplo, en *Libertad*, G. Pacheco escribe respecto de cualquier herida que “si no nos mata, nos hace más fuertes”, frase que es prácticamente idéntica a la que Nietzsche popularizó en *El crepúsculo de los ídolos* (1888) y en *Ecce Homo* (1888).¹⁶ Y en *Dos cartas*, escribe que “se vive en tanto se está dispuesto a perderlo todo”, que parece evocar la enseñanza del *Zarathustra* (1882) de vivir peligrosamente.¹⁷

Nietzsche era una lectura recurrente en los círculos anarquistas de principios del siglo XX y había proclamado en su *Zarathustra* que el Estado era un monstruo frío, el más frío de todos los monstruos, aniquilador de pueblos.¹⁸

Es decir, González Pacheco parece concebir al anarquismo (que en él es lo mismo que decir “la revolución”) como una lucha eterna, siempre resurgente, aunque nunca victoriosa. En estos términos, la Anarquía como ideal no puede ser más que una utopía eternamente movilizadora, y por eso mismo “realista”, pero no realizable. Así lo dice en *El señor del mundo* (“Hemos llegado al momento en que lo único práctico es la utopía: todo lo demás conduce a desalentar y desalentarnos”), y así también lo da a entender en *Durruti*:

“El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niega o le oprime. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico; un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica”.

¹⁶ “De la escuela de guerra de la vida.- Lo que no me mata me hace más fuerte”, F. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, Alanza Editorial, Madrid 2010, p34. “[El hombre saludable] adivina remedios curativos contra los daños, saca ventaja de sus contrariedades; lo que no le mata le hace más fuerte”. F. Nietzsche, *Ecce homo*, Alanza Editorial, Buenos Aires 1996, p24.

¹⁷ Cf. F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, Sarpe, Madrid 1983, p35.

¹⁸ F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, op.cit. p66-69.

7. Anarquismo anti-intelectualista

Desde ese vitalismo nietzscheano no puede sorprender que Pacheco vea en la cultura un obstáculo para las fuerzas vitales creadoras. El anarquismo resulta así, en su concepción, una rebeldía contra la cultura, un anarquismo acentuadamente anti-intelectualista e incluso irracionalista. Incluso lo burgués, antes que en términos económicos, es entendido prácticamente en un sentido tan amplio que queda identificado con la razón y la cultura en general.¹⁹ Para Pacheco, si hay (o puede haber) una cultura no burguesa, ello sólo podrá acontecer en un mañana indefinido:

“Son muy pocas las razones que nos ofrece esta vida, que puedan determinarnos creyentes de otra mejor, más de acuerdo con los postulados del anarquismo. [...] No precisan grandes sumas de experiencia, ni muchos libros, para probarnos todo esto los escépticos.

Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies encharolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste” (*¡Anarquistas!*)

Las citas también aquí podrían ser más numerosas (*Dolores, Intelectuales puros*, etc). Pero su anti-intelectualismo queda más claro que en ninguna otra parte en su conferencia sobre *El sentido de la cultura*. Se trata de una rotunda pieza anti-intelectualista, donde comienza distinguiendo dos maneras opuestas de encarar las cosas políticas, religiosas y sociales: “desde la cátedra, como profesores, o desde la calle, como pueblo”.

La cultura de las cátedras oficiales u oficiosas no sirve para mover “a los pueblos hacia una rebelión, no de tapas y de letras, sino de fondo humano, hacia la justicia”, y nunca puede enseñar “más que aquello que conviene al Estado”. “Esperar a hacerse cultos es

¹⁹ No deja de ser llamativo que González Pacheco, siendo un intelectual muy a su propio pesar, sobreactúe su anti-intelectualismo. Pero en realidad la explicación debe buscarse en el resquemor o desprecio que los bohemios provenientes del esteticismo modernista generaban dentro del movimiento anarquista en general, especialmente entre los anarquistas procedentes del campo obrero. Así no informa Suriano: “Una de las vertientes de vinculación intelectual al movimiento libertario provino del esteticismo anti-burgués de un grupo de escritores ligados o cercanos al modernismo [...]” Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires 2004, pp133-134.

perder la esperanza”. Lo que espera “el hombre de a tierra”, según G. Pacheco, “no un literato, sino un revolucionario”. En cambio, la llamada cultura siempre lleva al oprimido a la cárcel, en un sentido u otro.

Es natural, entonces, que el anarquismo comunista de Pacheco se presente libre de toda teorización:

“Es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política. ¡Qué dialéctica, ni un *cornio*! Se llega a él como se llega a una gracia del espíritu: labrando en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social” (*Comunismo*)

En mí es instinto. Independiente de cuanto pueda saber o sentir” (*De la igualdad*)

En *Amigos y compañeros*, dice que, a lo sumo, el intelectual puede ser un artista o científico amigo, de esos que a veces “bajan a nuestros locales a ilustrarnos sobre la revolución, de buena fe”, pero que nunca serán “compañeros nuestros”: ellos ni piensan en pelear y siempre “están aparte y arriba”, no como los que “estamos abajo”. Pero esa supuesta amistad con ciertos intelectuales, es ya descartada rotundamente en la conferencia titulada *Anarquismo*. Ahí se nos dice que el intelectual que se acerca al anarquismo es un “descastado” y un “advenedizo”, que si proviene “de la chusma, trae apetitos y astucia”, pero que si proviene “de la burguesía” trae “escepticismo y terror; no del físico, del cobarde, sino el del equilibrio frente al vehemente, el del control del espíritu frente al desenfreno del instinto”. En ambos casos, provenga de donde provenga, el intelectual, aunque se diga “amigo” del anarquismo, se presenta siempre como nefasto:

“Vienen del conocimiento, que es lo estático, y no de la fe, que es lo dinámico; traen imposibles, cuando lo que hay que traer aquí son energías. Y no nos matan, no, pero convencen a muchos -¡a tantos!- de la inutilidad de todas nuestras atropelladas”.

8. Anarquismo juvenilista

“La razón es de los jóvenes”, escribe González Pacheco en *Hachas de piedra*. El juvenilismo es otra nota que sus carteles comparten con el arielismo de su tiempo; y como en éste, la juventud se halla siempre asociada a la rebeldía, al desinterés, al coraje, al idealismo y el genio:

Muchachos, muchachos: atropellad al destino, guerread la sombra, daos besos o pegaos por lo que creáis bueno o malo. Haced, intentad hacer a vuestra imagen y semejanza la vida. Eso es ser jóvenes.

La vejez, por oposición, es asociada a la aburrida cordura, al nihilismo, al escepticismo, a la prudencia, a la falta de lirismo, a la falsa sabiduría, al cinismo, al desencanto, al pesimismo (*La mueca póstuma*). En este sentido, la vejez no es algo que dependa de la edad biológica: “Y envejecidos son, tengan veinte años o cien, los que tocaron la nada en todo. Son osamentas” (*La mueca póstuma*).

Es natural, entonces, que a la idea de juventud también haya que tomarla tanto en sentido literal, o sea, edad biológica, como en sentido metafórico, o sea, estado anímico independientemente de la edad biológica:

Entonces, lo juvenil en nosotros se reduce a esto: a la firmeza o a la audacia de la acción o el pensamiento. Y si el que piensa o acciona juvenilmente es un joven, mejor todavía: más lindo. Aunque me golpee o me niegue, a mí, más amargura o dolor, me produce noble envidia: me revuelca, pero sobre mis nostalgias. -¡Ah chiquito! ¡Yo también tuve veinte años!” (*Yo también tuve veinte años*)

Pero, si bien la juventud es valiosa en sí misma para González Pacheco, también se cuida de no anteponerla al anarquismo. Más bien es al revés: la juventud está (o debería estar) para el anarquismo, sino es desperdiciarla o malversarla en “pescar lo que caiga: socialistas, bolcheviques y... (¿por qué no?) también católicos”. Si la juventud se aboca a esos “pejecitos” sólo puede servir “al tiburón demagogo y al clasista camaleón” (*Yo también tuve veinte años*). Para Pacheco, la juventud está para la anarquía, que no es cuestión de ninguna edad, sino del Hombre en general:

Entonces, la conjunción perfecta sería el maridaje en cada uno entre el ideal anarquista y la personalidad juvenil, tanto en su sentido literal biológico como en su sentido metafórico anímico. Ejemplo de ese maridaje, en sentido literal, es Radowitzky, “niño héroe y primer novio de la anarquía” (*Radowitzky*); y también lo es aquel otro niño

héroe anónimo que, ajeno a toda especulación de estrategia bélica y con la bandera en alto, saltó de la barricada y determinó la victoria en un enfrentamiento en Barcelona (*El héroe*). Ejemplo de ese mismo maridaje, en sentido metafórico, es Tolstoy, “el viejo de corazón infantil”; y también lo son aquellos pocos viejos anarquistas que van quedando, pero que se “emocionan” porque entienden que ha sido “de sus manos” que “nuestra juventud se echó a volar” (*Los viejos nuestros*).

9. Conclusión

- Hemos dicho que González Pacheco no es lo que podría llamarse un pensador, en el sentido filosófico del término.
- Sus carteles ni siquiera pretenden reflexionar sobre la anarquía, ni brindar argumentos en su favor, ni aportar nuevos temas a su acervo teórico.
- Dijimos que, en todo caso, su interés como escritor se dirige más al carácter y a la personalidad anarquista que a las ideas filosóficas que el anarquismo defiende.
- Y hemos intentado diferenciar analíticamente los rasgos de este carácter anarquista que Pacheco no sólo promovía, sino que también ostentó en su propia vida, como escritor y como revolucionario.
- Así, hemos descompuesto ese tipo de carácter, que Pacheco parece elevar a modelo de la personalidad libertaria, en diversos aspectos o elementos que, no obstante su diferenciación analítica, se encuentran entrelazados: romanticismo social, esteticismo, vitalismo, idealismo, anti-intelectualismo, juvenilismo y criollismo. No pretendemos agotar en estas categorías todos los rasgos que el anarquismo de Pacheco pueda tener; pero sí mostrar que
- todas ellas son cuestiones de estilo y de forma; a lo sumo, de proselitismo. Y ahí radica toda su originalidad.

En cuanto a las ideas de fondo, no hay mucho que decir. Para Pacheco, la idea anarquista es simple y no se requiere mucho para comprenderla. No niega que el anarquismo tenga una doctrina ni una filosofía; simplemente parece creer que esa doctrina y esa filosofía son un asunto ya terminado y redondeado, sin mayor lugar para discusiones, correcciones, evoluciones o enriquecimientos teóricos:

“Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y éstos son los que levantan las huelgas, pueblan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados”. (*Acción directa*)

Es decir: el anarquismo sería un movimiento de “filósofos” que buscan demostrar con su propia militancia libertaria que el ideal de justicia que ellos mismos encarnan y defienden obedece a una ciencia inmanente de la vida. Así, parece que anarquismo, carácter anarquista, militancia anarquista, filosofía anarquista y vida consagrada plenamente a la anarquía, es toda una y la misma cosa. Por interesante que pueda ser este planteo sumamente reduccionista cuando nos dejamos llevar por la fuerza del discurso esteticista, romántico, vitalista y anti-intelectualista de Pacheco, creemos sin embargo que nos lleva -a nosotros, a los mismos anarquistas- a una gran confusión de cosas distintas. Pero no es éste el lugar para hacerle una crítica detallada. Sólo quisimos presentar los rasgos generales que animan su ferviente prosa libertaria y, también, como dijimos, que animó su propia vida. Si hay una imagen, de entre todos los carteles que escribió, que pinta en conjunto su carácter romántico, esteticista, vitalista, anti-intelectualista, juvenilista y criollista, es el siguiente:

“He aquí una imagen campera, cuya evocación me gusta: la del gaucho domador. Como él le cierra las piernas a un potro chúcaro, así ha de cerrar el hombre, siempre sobre algo arisco, los broches de su vida. Como nacer y crecer; eso es preciso.

Casi al comienzo de nuestro ensayo, en el punto 2, cuando hablamos de su “anarquismo del carácter”, vimos que era en la forma y en el estilo enfático y encendido de sus escritos que había que buscar lo que de peculiar como anarquista podía tener González Pacheco. Y quisimos sembrar la sospecha sobre una tensión latente entre su pensamiento y su personalidad: él dice reiteradamente que la personalidad del anarquista no debe anteponer nada a la revolución, pero como lectores nos preguntábamos si lo que hace Pacheco no es anteponer recurrentemente el desarrollo y la expresión de su peculiar personalidad romántica y vitalista a todo ideal social anarquista y revolucionario. En otras palabras: ¿detrás de toda su sinceramente

declarada subordinación al ideal anarquista no se hallará el tipo de “egoísta involuntario” del que habla Max Stirner?²⁰

En *¡Bohemio! ¡Bohemio siempre!*, González Pacheco se pinta a sí mismo de la siguiente manera:

“Canto a la bohemia, entonces. A las melenas frondosas, las voladoras corbatas y los aludos sombreros. Tres atributos bohemios que hacen una sola cosa ondeante, como una bandera de guerra a muerte a la burguesía.

Le canto a mi propia estampa sonora y atrabiliaria como un cartel futurista. Me canto a mí, bohemio siempre. A esta altiva facha mía, desgajada y polvorienta como un árbol del arroyo, efugio de pájaros y pilletes.

Ser bohemio quiere decir estar solo contra todos. Haber quemado las naves que iban a anclar en el puerto de la fortuna o la gloria. Echarse a la mar braceando, sin tablas y sin objeto. Reír, pensar y batirse porque sí: por no ser triste, bruto o cobarde. ¡Por la sola vida, vaya!”

Esta es la misma imagen del intelectual bohemio que se acercaba por moda a los círculos anarquistas, y de los cuales los anarquistas provenientes del ámbito obrero desconfiaban.²¹ Sin embargo, más allá de nuestras diferencias acerca del modo en que Pacheco concebía al auténtico anarquista, y más allá de la sospecha que podamos mantener sobre la tensión entre la prioridad declamada que hace del anarquismo ante su personalidad y la inversión de hecho que hace de esa misma consigna, lo cierto, lo indudable, para nosotros es que nunca defraudó ni renegó del anarquismo, en el que se mantuvo “fijo”, como le gustaba decir, como un “gaucho domador” con la piernas apretadas a su bagual, hasta el último segundo de su vida.

²⁰ “Lo sagrado sólo existe para el egoísta que no se reconoce a sí mismo, el *egoísta involuntario*, para él, que siempre se ocupará de lo suyo y, sin embargo, no se tiene por el ser supremo, que sólo se sirve a sí mismo y al mismo tiempo cree servir a un ser superior que no conoce nada superior a él y, no obstante, se entusiasma con lo elevado, en suma, sólo existe para el egoísta que no quisiera ser egoísta, y se humilla, esto es, lucha contra su egoísmo y, sin embargo, sólo se humilla ‘para elevarse’, es decir, para satisfacer su egoísmo. Por eso le llamo el egoísta involuntario”, Max Stirner, *El único y su propiedad*, Valdemar, Madrid 2004, p69.

²¹ Cf. Juan Suriano, op.cit. pp133-134. Esta cita referencia corresponde a la misma cita transcrita en la nota 24, supra, a la cual nos remitimos nuevamente.